

Retiro n. 105– 27 febrero 1979

Primer acto

SANTA CUARESMA

Mañana, Miércoles de Ceniza, comenzamos la Santa Cuaresma, y creo que, a vosotros como a mí, nos impresiona este tiempo. Vamos a conmemorar los misterios más grandes, que más nos abisman en la grandeza del plan de Dios, acerca de nuestra salvación. Los misterios de la Redención que llevó a cabo nuestro Señor con su pasión y su muerte, dejándonos como permanencia real con nosotros la Eucaristía y el Sacerdocio, que se puede renovar constantemente, hasta el fin de los tiempos. Son tan importantes estos días que a la Santa Iglesia le pareció oportuno preceder inmediatamente a la Semana Santa cuarenta días, la cuaresma: la famosa cuarentena, santificada en el Antiguo y Nuevo testamento.

Moisés dedicó a estar con el Señor en lo alto del monte Sinaí, hablando con Él cara a cara, cuarenta días. Era el amigo de Dios. Y estuvo cuarenta días y cuarenta noches sin comer, ni beber. Elías también cumplió su cuarentena andando por las dunas del desierto, durante cuarenta días. Y Jesucristo, santificando eso mismo, allá en el desierto de Judea, pasó otros cuarenta días ayunando y orando. El pueblo de Israel, en su recorrido hacia la tierra prometida –un viaje que pudo hacerse en poco tiempo, aun con aquellas dificultades de entonces–, tardó cuarenta años en llegar, porque el Señor así lo quiso. Fueron cuarenta años de preparación para la entrada en la Tierra Prometida.

O sea, la Cuaresma tiene muchos símbolos. Cuaresma significa camino: los israelitas cuarenta años caminando hacia la tierra prometida. Nosotros también, camino del cielo. La cuaresma significa soledad: el desierto del profeta Elías, el desierto de Judea, donde el Señor pasó cuarenta días. La Cuaresma, también significa el encuentro con Dios. Por eso, dentro de las ocupaciones que no debemos dejar de cumplir en nuestra vida normal, hemos de acentuar un poco más el recogimiento, para que nuestro encuentro con Dios sea más fácil y sea más continuo.

La Cuaresma, también significa desprendimiento. Moisés se desprendió de todo, subió al monte Sinaí para hablar con Dios. Se desprendió hasta del pueblo. El pueblo abajo no podía subir al monte, sólo él. Desprendido de todo.

La Cuaresma tiene otra característica especial: la oración. Moisés subió a hablar con Dios, que eso es orar. Elías anduvo cuarenta días y noches por el desierto, huyendo de quienes le perseguían a muerte, porque quería estar con Dios solo. A Cristo, el desierto le convidaba a estar a solas con su Padre. Lo hará después durante su vida mortal con muchísima frecuencia, lo dice el Evangelio: «Era constante en la oración». El desierto fue una continua oración. Se iba a preparar la gran obra de la redención.

El desierto significa también otra cosa: conversión, de la cual tantas veces yo os hablo, que es mi auténtica obsesión. Es la que explica todo el porqué de nuestra vida. Éramos hombres viejos por los vicios y pecados, y vamos camino de la nueva criatura en Cristo nuestro Señor. Y eso se verifica por medio de la conversión.

Entonces, mi examen diario, mi arrepentimiento diario, mi confesión sacramental, mi dolor por las faltas e imperfecciones, todo es un camino de conversión. Los ejercicios espirituales cada año, las penitencias, todo, todo. Los sacramentos que recibimos, no solamente la confesión, la misma comunión, nos van cada vez más convirtiéndonos en Él.

Y la suma, el monte altísimo de nuestra unión con Dios por el amor, que es llegar ya a la meta de nuestra razón de ser aquí en la tierra, es precisamente efecto de una conversión. Una conversión diaria que va poco a poco haciendo nuestra vida semejante a la de Él. Y cuando estemos bastante purificados –aquí en la tierra o en el purgatorio–, cuando se haya cumplido el plan de Dios sobre nuestra alma, entonces le veremos tal cual es, seremos entonces ya plenamente semejantes a Él.

Ser semejantes a Él cada día es fruto de una conversión progresiva, sincera, sin alharacas, en silencio, poquito a poco. Y la Cuaresma nos acentúa esta conversión, porque el ambiente litúrgico nos lo va diciendo. Mañana la ceniza nos recordará muchas cosas. Una que se nos dirá en el rito de imposición de la ceniza en nuestras cabezas, símbolo de nuestra nada, de nuestro polvo, de la tierra que somos, es: «Convertíos». Y hay un responsorio que en mis tiempos cantábamos en el seminario, y que me ha hecho impresión toda la vida. Está tomado del profeta Baruc: «Corrijamos aquello que por

ignorancia hemos cometido. No sea que, sorprendidos por el día de la muerte, busquemos sin poder encontrarlo el tiempo de hacer penitencia» (En latín es: «*Emendemus in melius*»: A enmendarnos, a convertimos, a hacernos mejores cada día, cada momento, en cada circunstancia.

Y el convertirnos no es que hay que hacerlo muchas veces, hay que hacerlo ¡siempre! La gracia de Dios está actuando constantemente, y siempre en plan de convertirnos, de hacernos mejores, de dar pasos hacia adelante. A veces los damos hacia atrás, y entonces hay que renovar el esfuerzo y hay que compensar la pérdida. Puede ser inclusive –así es de bueno el Señor– sacar más provecho de esa vuelta atrás: la experiencia, el dolor, la práctica de virtudes, de humildad... que no hubiéramos hecho si no hubiéramos vuelto atrás. Convencidos de que debemos estar siempre convirtiéndonos.

Pero hay una frase en el responsorio «No sea que sorprendidos por el día de la muerte...» Cuando hemos tenido ocasión de conversar con personas que han muerto al poco tiempo de hablar con ellas, nos deja la impresión para toda la vida. Yo no puedo olvidar a mi santa madre, que murió santamente, en la paz; pero el Señor permitió la noche anterior a la última que tuviera grandes pruebas de dolor. Ella reaccionaba con una fe grandísima y dijo esta frase que jamás la puedo olvidar: «No sé cómo hay quien deja las cosas para esta última hora». Cuando se habló de la extremaunción, espontáneamente dijo: «Hijo mío, quiero confesarme contigo». Fue la última confesión de su vida, no sé si llegó a dos minutos. No había problema. Pero, tenía tales angustias de cuerpo por la enfermedad, que me dijo: «He pedido a la Virgen tener una muerte dulce y suave». Y le dije yo: «Madre se lo concederá». Y así murió. Sin embargo, ¿qué vería ella, pensando en otros que dejan todo para última hora? A última hora los problemas, a última hora los asuntos... ¡ay!

Entonces, el responsorio de mañana, ya plantea este problema: «No sea que sorprendidos por el día de la muerte...», que nos venga cuando menos pensemos. Al poco tiempo de darme el Señor el «regalo» (de la trombosis cerebral), me dijeron: «Mire Vd., esto fue muy grave, pudo Vd. haber muerto...» «No sea cosa que sorprendido...» Yo me hubiera sorprendido, porque en lo que menos pensé yo fue en la muerte.

No es para meditar constantemente en ella, es para estar advertidos. O sea, que no nos sorprenda. Que yo me puedo morir. Recuerdo que tuve un maestro, cuando era niño, en el seminario, que me dijo una vez: «Yo pienso cada día en esta frase: De aquí a días, me muero». Y dijo: «y algún día habré acertado». Eso me hizo y me hace pensar. «Algún día habré acertado».

La muerte es una realidad. Pero, pensemos la parte positiva: que nos va a liberar, que nos va a asegurar el triunfo, que nos va a dar el descanso eterno, que vamos a estar ya siempre con el Señor.

Y tercer punto: Penitencia. Buscar tiempo de penitencia. «Un corazón contrito y humillado», que decimos en el Miserere. Un corazón que, con paz, con tranquilidad interior, va enjugando las lágrimas de su dolor, las lágrimas de su amor. Amor que llora porque no siempre ha amado. Dolor que va lanzando al alma a un porvenir mucho más seguro y de mucho más amor,

Vivamos una santa cuaresma. Son días de Dios. Agradecemosle el don de la vida contemplativa, y el don de poder vivir estos grandes misterios en el trascurso de la liturgia, que es donde recorreremos toda la vida de Jesús. ¡Qué grato vivir a solas con Él!

La primera Hermana Oblata que murió, H. Pilar Barcala, ya enferma gravísima, me dijo: «Padre ¿me dirá también el Señor, hoy estarás conmigo en el paraíso?» «Si, Hija mía, sí, te lo dirá el Señor». ¡Qué hermoso! Una cuaresma aquí en la tierra, cara a cara con Dios sin verle, para después verle cara a cara en el Cielo. Que así confiamos que será, como pido todos los días: que obtengamos la gracia de la perseverancia final, aunque nunca lo merecemos. Pero el Señor se complacerá en concedérselo y se cumplirá: «Hoy estarás conmigo en el paraíso».

Segundo acto

CONVERSIÓN - PURIFICACIÓN - TRANSFORMACIÓN

Hemos de ser agradecidos, y si cada instante nos vemos colmados por gracias y beneficios de Dios, cada instante debemos ser más de Dios. Convertirnos lo más posible a ser «deiformes», formas de Dios. Porque el afán que debemos tener –obsesión mía– es cada día ser más como Él. Y como lo que estorba es el pecado, es necesaria la purificación. He aquí otra palabra que para mí es otra obsesión espiritual: la purificación.

Hemos de sacar provecho de la imperfección. Si ésta la recibimos con humildad, con paciencia de nosotros mismos, con sencillez, pidiendo perdón al Señor, que tanto ama al alma, esto puede ser un paso adelante muy consolador. *¡Oh felix culpa!*, podemos decir ante nuestros defectos, que queremos evitar, que lloramos y lamentarnos, pero que pacientemente los soportamos. Porque lo otro puede ser amor propio, que es el peor defecto.

Pero, esta palabra –purificación – no lo dice todo. Es la parte negativa: es ir negando, ir purificando lo que yo tengo en mí que no es compatible con lo que debe ser: ser semejante a Él.

Y la parte positiva: cuando el alma va purificándose, cuando va quedando más pura ante los ojos del Señor, más fácilmente se va transformando. Viene a ser una cosa simultánea. Dios enviste al alma, la quiere para sí, y es cuando hace de ella la maravilla de las maravillas. Son las almas santas, es la santidad en plenitud, es ya el alma transformada. Es la meta final, que es la unión con Dios por el amor.

Ese amor es el que purifica, y ese amor es el que transforma. Yo no podré jamás llevar adelante esta conversión si no amo. No tendré interés ninguno si no amo, no podré llevar adelante una obra que me cuesta. Ni podré tampoco cooperar con la gracia de Dios, que me da abundantemente para ayudarme, si no amo. O sea, si yo no amo, no tengo en mí fuerzas para convertirme.

Podéis decir: es que la conversión es anterior al amor... Bueno, anterior y posterior, simultáneamente. El amor nos purifica y nos transforma.

Cuando el alma va adelantando en el camino de la santidad, ella misma va necesitando, participar del Cristo doloroso, del Cristo paciente, del Cristo humillado, del Cristo flagelado, del Cristo Crucificado.

No tendrá el alma los estigmas de la pasión visibles, como San Francisco de Asís. No es eso, es en el interior del alma; y aunque por dentro vaya todo ese misterio, por fuera no debe aparecer nada. Tenemos que envolverlo en la sencillez, en un camino de pura fe, sin deseo ninguno de cosas extraordinarias, llamativas. No, no hay que ser nunca jamás en la santidad figuras de escaparate. Es mejor ser uno de tantos, como fue Él en Nazaret, como fue Ella, su Madre y madre nuestra, en toda la vida. Como fue el gran santo José, del cual no hay ni un recuerdo, del cual nada se escribió, y del que nadie conoce su sepulcro. ¡Maravilloso! Sin embargo, nadie ha sido tan dichoso como él.

Entonces el alma puede templarse en el Cenáculo, pero sepa que tiene que pasar por Getsemaní: dolores, angustias... Serán circunstancias, serán acontecimientos, serán penas interiores, serán obscuridades, serán estados que no se sabrá definir, será la purificación que va haciendo el Señor en esa alma

Conversión, purificación, transformación, con tal de llegar a la unión con Dios por el amor. La manera más bonita y hermosa de evitar el purgatorio es dejarnos purificar por el fuego de ese amor. El Señor, con ese amor que va dando al alma, que va crucificando al alma, que va haciéndola sufrir precisamente porque ama, la va cauterizando y deshaciendo, como el madero que está metido en el fuego. La va transformando y la une con Él.

Una cuaresma así vivida desemboca en los santos misterios que conmemoramos: la figura de un Cristo en Getsemaní, de un *Ecce Homo*, de la cruz... En la cruz hay palabras de purificación: «Padre, perdónalos». En la cruz hay palabras de transformación: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». En la cruz hay palabras de consuelo, de aliento: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», «Ahí tienes a tu Madre».

Y ¡adelante! «Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado»; «Tengo sed»; el descanso de quien puede decir a pleno pulmón: «Todo está cumplido», «*Consummatum*

est». Esto es marcar un camino, que toda alma que aspira en serio a la santidad tiene que recorrer. No hay santidad fuera de este camino.

He aquí la gran obra de la conversión, la razón de por qué Cristo murió en la cruz. Ciertamente, por librarnos del pecado, por obtener el perdón del Padre, el poder ser de nuevo hijos de Dios. En el fondo son pruebas de cariño, bondadoso y tierno, de amor de verdad.

Preparémonos. Son frases de la Escritura: «Prepárese para la prueba el alma que se decide a ser de Dios». ¿Es terrible esto? No, es agradable. ¿Merece la pena vivirlo plenamente? Sí, merece la pena... Prueba y te convencerás, decimos en castellano.

Nosotros estamos convencidos, pero que el Señor vea en nosotros una generosidad decidida a todo. Señor con tal de ser como tú, con tal de ser semejantes a ti... Diríamos con san Agustín: «Señor, quema aquí, corta aquí, para que me perdones eternamente allí».

A ser santos de verdad. Vamos a tomarlo en serio, a tomarlo de verdad. Ser santos, porque con menos no cumplimos. Ser pronto santos, porque la vida por mucho que se alargue, es corta, y pronto desaparece. Ser grandes santos, porque la santidad tiene que estar a la altura de la dignidad a la que el Señor eleva a un alma que la llama, como nos ha llamado a nosotros. Entremos con generosidad en la santa cuaresma, para gozar con el aleluya desbordante de gozo el Domingo de Resurrección. Y aunque el tiempo litúrgico pase, nosotros sigamos la obra de cada día: conversión, purificación, transformación, hasta la unión con Dios por el amor.